

Pequeñas y grandes cosas



DESLUMBRÓ A
FINALES DE LOS 90
CON SU PRIMERA
NOVELA Y HOY
ENCABEZA LA LISTA
DE LOS PENSADORES
GLOBALES MÁS
INFLUYENTES

Arundhati Roy

REUTERS



GAMMA-RAPHO / GETTY IMAGES

EVA MILLET
Barcelona

El editor de Arundhati Roy en España, Jorge Herralde, recuerda muy bien la primera visita de la escritora a Barcelona. Fue a finales de los noventa, para presentar *El dios de las pequeñas cosas*, su aclamada novela, publicada aquí por Anagrama. Roy era una nueva estrella en el panorama literario y refulgía por donde pasaba. “El libro es una maravilla y llegó con un tam-tam internacional estrepitoso, pero además, cuando vino, estuvo perfecta: lista, rápida, sonriente, vivaz... Es muy profesional y su admirable fotogenia enamoró también a los fotógrafos”, cuenta Herralde.

Lo primero que hizo al aterrizar en Barcelona, antes de deshacer las maletas, fue visitar los edificios de Gaudí. Porque Roy, que acaba de ser nombrada por la revista *Prospect* como la pensadora más influyente de la actualidad, estudió Arquitectura en Delhi, donde se trasladó a los 16

años, tras una infancia azarosa.

Suzanna Arundhati Roy nació en 1959 en Shillong, Megalaya, uno de los estados más pequeños de la India. Su padre, Rajib, un hindú nacido en Calcuta, era encargado de una plantación de té y su madre, Mary, una cristiana siria, oriunda de Kerala. El matrimonio no duró demasiado. Rajib era alcohólico y cuando Arundhati tenía dos años, Mary se los llevó a ella y a su hermano mayor, Lalith, a Kerala. Cambiaron las colinas tachonadas de plantas de té por las selvas tropicales y los 44 ríos que atraviesan uno de los estados más prósperos del país, escenario de su célebre novela.

En Kerala las cosas no fueron fáciles: la familia los dejó de lado y la madre tuvo que apañárselas sola. “Hubieron muchas historias horribles”, recordaría la autora años más tarde. Finalmente, Mary montó una escuela y las cosas se encarrilaron. En Kerala, Arundhati no se sentía bien dentro de la comunidad que le tocaba por vía materna que, entre

otros, desaprobaba su divorcio. Así que iba por libre y su madre, quien debía de estar bastante ocupada, la dejaba. “Nadie me prestó la suficiente atención como para adoctrinarme”, le explicó al periodista Siddhartha Deb en *The New York Times*.

Cuando, con diez años, la enviaron a un internado fundado por los británicos, ya tenía las

‘El dios de las pequeñas cosas’ fue un éxito global; ella donó parte de sus ganancias y decidió concentrarse en el activismo social y político

ideas bastante claras. De su experiencia con la educación inglesa solamente destaca que le entró “obsesión por correr”. Sin embargo, ya en ese entonces era “una tremenda polemista”, en palabras de su hermano. Por eso, no dudó en desafiar las expectativas que correspondían a una chica

con su bagaje (básicamente, estudiar secretariado), y marcharse a Delhi para ser arquitecta.

En la capital conoció a su primera pareja, el arquitecto Gerard Da Cunha, acabó la carrera, presentando una tesis sobre el urbanismo poscolonial y se sumergió en la contracultura del momento. No tenía una rupia: sin contacto con su familia, vivía con Da Cu-

nha en un barrio de chabolas, experiencia que no recuerda con agrado: “No había nada bonito en ello. Esa fue mi universidad. Ese periodo de la vida en el que piensas desde el punto de vista de la vulnerabilidad absoluta. “Lo que –añade– no me ha abandonado”.

A principios de los ochenta

consiguió un trabajo en una entidad gubernamental, pero se sentía más atraída por el mundo del cine. Fue cuando conoció al que ha sido su único marido: El cineasta independiente Pradip Krishen. Él la dirigió en una exitosa película, titulada *Massey Sahib*, en la que ella interpretaba a una pastora de cabras. Fue el primero de una serie de proyectos en los que Roy actuaba y colaboraba en el guión. El matrimonio vivía con la familia de Krishen en un barrio de clase alta de Delhi, pero no estaba cómoda entre las élites. Sintiendo fuera de lugar, se refugió en sus amigos artistas y ejerció de profesora de aerobic. También empezó a escribir una novela, basada en su infancia en Kerala.

Cuando la acabó, en 1996, poco podría esperarse lo que sucedería apenas un año después. Desde el primer momento, *El dios de las pequeñas cosas* fue un éxito comercial y de crítica. Además de proporcionarle un suculento adelanto de medio millón de libras

Luchadora. Roy, el pasado mes de diciembre, participando en un acto para defender los derechos de los homosexuales en la India y reclamar cambios en el Código Civil



JITI CHADHA / DEMOTIX / CORBIS

Fenómeno literario. La escritora recibió, entre otros premios, el prestigioso Booker con su primer libro. Tras varios ensayos, prepara su segunda novela



PAUL HACKETT / REUTERS

de entonces, ganó premios (como el prestigioso Booker), fue traducida a un montón de idiomas, encabezó listas de los más vendidos y catapultó a su atractiva autora hacia una fama inesperada. Brillante, guapa y moderna, Arundhati se convirtió, en el año el que la India conmemoraba el cincuenta aniversario de su independencia, en el perfecto icono del nuevo país, que empezaba una radical transformación económica.

Otra se hubiera deslumbrado, pero Roy supo lidiar con toda aquella celebridad. Para empezar, donó parte de sus ganancias (algo que ha seguido haciendo desde entonces), tanto a asociaciones con cuyas causas simpatizaba como a gente cercana a ella, como su padre. También decidió concentrarse en el activismo social y político. Para empezar, la que fue la *niña bonita* de la nueva India criticó con dureza a su gobierno por utilizar la energía nuclear con fines bélicos. Su primer ensayo, *El fin de la imaginación*, está dedicado a este tema y mar-

Fue condenada a un día de prisión por su campaña contra el proyecto hidroeléctrico en el río Narmada

Publica ensayos y sus causas cada vez son más: de los abusos del ejército a los del sector privado

có el inicio de su prolífica carrera como escritora política y activista anti-globalización.

Una de sus campañas más célebres fue contra un megaproyecto de presas hidroeléctricas sobre el río Narmada. Este activismo la condenó, en 2002, a un día de prisión *simbólica* por desacato a la autoridad. Por aquel entonces ya se había cortado la melena ondulada que tanta sensación causó en medio mundo pero, como observó Siddhartha Deb, no fue hasta salir de la cárcel, al día siguiente, cuando se completó su transformación de icono indio a durísima crítica de la política nacional.

En los últimos años su prestigio ha permanecido intacto y sus causas se han multiplicado: de los abusos cometidos por el ejército indio y las grandes empresas contra la población y el medio ambiente a la delicada cuestión de Cachemira. En su último ensayo; *Capitalismo: una historia de fantasmas*, continúa incidiendo en las injusticias de "un país de 1.200 millones de habitantes donde las cien personas más ricas poseen una cuarta parte del PIB".

Desde su casa, en una zona tranquila de Nueva Delhi, donde vive con la única compañía de su perro Filthy (sucio), rodeada de libros y pájaros, Roy sigue estando muy atenta ante las grandes y pequeñas cosas de la actualidad. Y aunque ha confirmado que está escribiendo una nueva novela, parece que su compromiso con la realidad la mantiene demasiado ocupada como para terminar su segunda y esperada incursión en la ficción.



la corte celestial

MARIÁNGEL ALCÁZAR



CLAUDIO PIERI / EFE

Los Reyes, el pasado lunes, junto al papa Francisco que les recibió en audiencia en el Vaticano

De la Ceca a la Meca

El Rey empezó la semana con el papa Francisco y la ha acabado junto al rey de Bahrein que sólo tienen una cosa en común: los dos visten de blanco. Don Juan Carlos parece haber cogido carrerilla después de un año encadenando operaciones. En abril de 2013 fue sometido a una intervención en la espalda debido a una hernia discal y entre septiembre y noviembre se enfrentó a una doble operación de cadera. Hace solo unos días, en Omán, junto al sultán Qabus, que tiene dos años menos que él (74 frente a 76), el otrora atractivo señor del Golfo parecía su padre. Don Juan Carlos está contento y se le nota; ya ha asumido el uso del bastón, él que hace de la buena presencia una religión, ha acabado por aceptar que ese complemento es una ayuda y no un estorbo.

En su confianza también ha contribuido el hecho evidente de que sus niveles de aceptación y popularidad han experimentado una notable subida desde que, una vez recuperado, se ha reincorporado a la vida pública. Esta vez y gracias al doctor Cabanela, a quien debían (debíamos) hacer un monumento, el Rey ha seguido todos los pasos; sin prisas, pero sin pausas. En anteriores operaciones (de rodilla y las dos caderas), dirigidas por el doctor *milagro*, a don Juan Carlos le dijeron lo que él quería oír, que era una especie de Superman que se recuperaría rápidamente. Claro que, en aquellos meses (antes y después de Botsuana), no estaba el horno para bollos y entre Urdangarin, los elefantes y las amigas entrañables, solo faltaba que el Rey se pidiera la baja, como cualquier español convaleciente. Afortunadamente, ese periodo pasó y Zarzuela ya respira tranquila.

Al Rey, la primavera le ha sentado de maravilla, como auguró el doctor Cabanela. Su leal amigo y colaborador excepcional, Adolfo Suárez, como el propio Juan Carlos le definió, le hizo el último servicio ya que con su muerte, el pasado 24 de marzo, la transición cobró vida y se puso en valor el papel del Rey en aquellos años. Ni la contraofensiva de Pilar Urbano y sus corifeos, utilizando el recorta y pega y los testimonios de ultratumba para desprestigiar a don Juan Carlos, han conseguido mermar su ánimo. El Rey ha vuelto a donde solía y lo ha hecho con la lección aprendida que curiosamente es la misma que el ha impartido durante años y que, desde pequeño, viene oyendo su hijo y heredero, el príncipe Felipe: la Corona está para servir, porque de lo contrario no sirve.

SEIS PAPAS Y UN CARDENAL

Don Juan Carlos ha conocido en su vida a los seis últimos Papas, pero empezó sus días junto al cardenal Eugenio Pacelli, quien le bautizó en una capilla de Roma días después de su nacimiento el 5 de enero de 1938. Un año más tarde, el cardenal Pacelli fue elegido Pío XII.

Su sucesor, san Juan XXIII recibió a don Juan Carlos y doña Sofía en 1962, antes y después de su boda en Atenas. El Papa bueno autorizó la celebración de dos ceremonias matrimoniales, una católica y otra ortodoxa, apelando al ecumenismo y los novios quisieron agradecerle el gesto. También conocieron los Reyes a Pablo VI, una vez como príncipes y en 1977, por primera vez como reyes. Asistieron, el 4 de septiem-

bre de 1978, al inicio del pontificado de Juan Pablo I y al mes siguiente al de Juan Pablo II. Compartieron dos encuentros con Benedicto XVI y el pasado lunes, conocieron a Francisco, quien al ver que el Rey le quería ceder el paso le dijo: "Los monaguillos, primero."

LA REINA, A LONDRES

Durante años ha corrido la especie de que la Reina vivía en Londres, lo cual no resulta muy cómodo si día sí, día también tienes que asistir a un acto oficial en España. Doña Sofía no entendía cómo alguien podía creerse tal despropósito cuando, evidentemente, no solo no vivía en la capital inglesa sino que únicamente viajaba unos días, semanas antes de Navidad, para poder comprar personalmente los regalos para las fiestas y, de paso, visitar a algunos de sus parientes. No solo a su hermano, Constantino, quien desde hace algunos años vive más en Grecia que en Inglaterra, sino a algunos de sus primos.

Esta semana, la Reina sí ha viajado a Londres y lo ha hecho para inaugurar la biblioteca Reina Sofía del Instituto Cervantes y también para asistir al 700 aniversario del Exeter College, en la universidad de Oxford, del que es miembro honorario. Doña Sofía alabó a la institución que promueve el estudio de la lengua y literatura españolas. Al acabar sus palabras, la Reina lanzó un "Floreat Exon" (dejad que Exeter florezca), que es el lema del colegio. Y esta vez, sí, tras cumplir con los dos compromisos, aprovechó su paso por Londres para ir de compras, aunque regresó a dormir a su casa, a Madrid,